



SENECA.

La cabeza que manifiesta la viñeta anterior, es de bronce, de dos palmos de longitud y tres y medio de circunferencia, y se conserva en la biblioteca nacional desde la muerte del infante D. Gabriel, á quien se dice se la mandaron de Italia, en cuyo pais se encontró en una escavacion. Este precioso resto de las artes antiguas, representa en el acto de espirar á *Lucias Annæus Seneca*, célebre español que nació en Córdoba el año 2 ó 3 de J. C. bajo el imperio de Augusto, y que despues de una larga vida de desgracia y de fortuna atraida por su singular talento, en cuyo tiempo no dejó de manchar con algunos feos borrones las páginas de su ilustre historia, murió á impulso del odio de su discípulo Neron, que pagó sus servicios haciéndole abrir las venas en un baño caliente. El valor de Séneca en el suplicio fue admirable, pues desde él dictó un solemne discurso que es bien conocido; pero no lo fue menos el de su muger Paulina que para no sobrevivir ni un instante al hombre que queria, se hizo abrir las venas al mismo tiempo que á él, si bien afirma Dion Cassio y otros, que la bella Paulina fue obligada por su esposo á hacer este sacrificio. Tácito en sus anales escribió perfectamente la vida de este filósofo escritor, y á sus obras y á las biografias de hombres célebres, remitimos á los que quieren mas pormenores de nuestro ilustre compatriota. La espresada cabeza pertenece aun al buen tiempo del arte.

C.

1519.

1.º

Si, mañana; ninguno de esos extranjeros dejará de morir; todo está preparado y previsto; la mayor parte de las calles estan minadas, en sus zanjas hay multitud de maderos clavados y bien agudos donde se inutilizarán los esfuerzos de sus caballos; todas las casas estaban llenas de soldados valerosos que á la deshilada se han introducido en la ciudad; mañana todos ellos ocuparán los tejados y ventanas, y lloverán piedras y dardos; ademas veinte mil guerreros estan acampados en las cercanias y con ellos el éxito no es dudoso; los españoles perecerán. Sin embargo, al propio tiempo que confiamos en el esfuerzo de nuestros brazos y en la justicia de nuestra causa, tambien esperamos en la proteccion de nuestros dioses; sin su apoyo serán inútiles nuestros trabajos. Estan irritados contra nosotros, y debemos aplacarlos. ¿No es verdad? Mañana, en tanto que millares de jóvenes magullarán enardecidos con sus tremendas mazas los viles cráneos de esos advenedizos, los ancianos reunidos en el templo entonarán los cánticos religiosos, quemarán delicados perfumes, encenderán el fuego sagrado y ofrecerán á las llamas y al cuchillo

sacerdotal diez niños escogidos entre los nobles, diez niños cuyos corazones no esten manchados con el crimen...

¡Diez niños!

¿Qué es lo que veo? la presencia del rayo no te hubiera causado mas profunda sensacion... Acaso... ¿por qué lloras?... qué causa tu dolor...

—Nada.

—Lo veo, tienes un hijo, es verdad, pero alegrate.....

—¿Se han elegido ya?

Sí.

—Padre de la luz; yo te bendigo.

—Sí, le puedes bendecir; no pudiera dedicarse á un objeto mas grandioso... jamas.

—¿Qué dices?... Será acaso.

—De los diez uno.

2.º

Lloraba una jóven hermosa como un sol. A su lado estaba un hombre cubierto de acero de pies á cabeza, apoyando su mano izquierda sobre el pomo de su ancha espada toledana. Su yelmo está adornado de matizadas plumas, negro bigote cubre sus encendidos lábios, una banda roja atraviesa su luciente armadura, varios joyeles penden de sus hombros y calza doradas espuelas. Estas galas que algun dia habian fijado asombrosamente la atencion de la jóven que llora, ahora se ocultan á sus ojos bañados en lágrimas, y á pesar de su reverberante brillo no hieren sus pupilas. Para calmar el dolor desconocido al guerrero este le dice.

No me dices la causa de tu lloro; habla, tal vez yo pueda restituirte lo que deseas. ¿Tienes padres? ¿Tienes hermanos? ¿Gimen algunos en cadenas? Yo te ofrezco salvarlos. Aunque hayan conspirado contra mi propia existencia, dímelo y tu deseo será un decreto de libertad; no tengas miedo, habla. Mi poder se estiende á todo. Todo lo puedo yo.

¡Todo no! exclamó con dolor la jóven.

Es verdad, no puedo conseguir tu cariño, pero alcanzado este, no hay imposibles sobre la tierra para mí. Yo pudiera probartelo y sin embargo... Mira, yo leo en tu corazon; sé porque gimes; sé lo que deseas.

—Español, te engañas.

No lo creas, estoy cierto de no equivocarme; mas te digo, ahora mismo pudiera hacerte feliz.

¡Feliz! ¿Y qué te detiene?

Porque espero una palabra tuya, una palabra de consuelo: "Te amo."

No quiero decirte yo te amo porque creerias que te engaño, pero te daré una prueba mucho mas positiva. Yo voy á cumplir lo que deseas, pero tú no puedes realizar lo que prometes. ¿Quieres que te demuestre mi aprécio? Pues bien; mañana... no salgas del cuartel.

¿Y por qué?

Porque si sales... morirás. ¿Ves esa calle? Esa y todas las avenidas del cuartel vuestro estan minadas; mañana el peso de vuestros brutos las hundirá; en las zanjas hallareis la muerte, las mismas os servirán de sepultura: millares de guerreros oculta cada uno de los bosques próximos... y vosotros sois muy pocos... sumamente pocos.

—¿Es verdad!

¿Dime, es esta una prueba de amor?... ¿No eres un enemigo de mi patria y sin embargo yo la soy desleal? Pues bien, ahora... ¿Qué oigo? Es un clarín.

No puedo detenerme. A Dios.

—Escucha...

—Imposible.

¡Se fue! ¡Y yo le he advertido su peligro! ¡He faltado á los míos! ¡El va á salvarse y mi hijo queda en el peligro!

3.º

Un ay de muerte resonaba por todas las calles de Cholula, los dardos silvaban en todas direcciones. Quinientos hombres escasos se defienden de fuerzas centuplicadas y sin embargo estos quinientos hombres bastan para aterrar á sus implacables enemigos: todo parece al filo de su espada y todos huyen á su terrible amago. Protegidos por algunas piezas de artilleria que no es fácil apagar á los contrarios no dudan de la victoria. Ellos mismos ven con horror volar desechos en átomos mil los cuerpos humanos que han tenido audacia de hacer frente á las bocas de fuego, y en médio de la mortandad compadecen á los desgraciados.

Bien pronto los enemigos de España reconocen su desventaja, huyen precipitados y corren á guarecerse en lo interior de un santuario. Escudados con sus muros, aun quieren pelear y vender caras sus vidas. ¡Inútil esfuerzo! Los españoles les intiman su rendicion y no siendo escuchadas sus palabras aplican voraz fuego á los cuatro ángulos del templo.

¡Que espectáculo! El humo empaña la azulada bóveda, oscurece los rayos del sol y ahoga á sitiadores y sitiados. Los techos de cedro y de ciprés se desprenden ardiendo con aterrador estrépito y miles de víctimas perecen entre sus escombros. En médio de este cuadro de destruccion, hay un génio que se regocija y complace, un ser que rie cuando todos lloran y sienten un placer inexplicable en el estermínio general. Es una muger.

"Perezcan dice, allí ha perecido mi hijo, allí deben perecer todos, él era inocente y murió, no existan pues los criminales: pero si mis compatriotas han inundado el suelo con su sangre, si por mí han perecido sus principales campeones y no obstante he perdido á mi hijo ¿no deberé vengar los males que yo sola he motivado? Si, yo debo tambien derramar sangre, la sangre de un español. Calló, astutamente guardó un ins-

OBSERVATORIO PINTORESCO.



Litog. de Berrio-nuevo.

Socorro! socorro! salvad á mi hijo!

trumento fatal, una arma envenenada. En médio de los españoles se presenta un guerrero, el gefe que los mandaba, á él se avalanza la muger y esgrime su arma contra la impenetrable coraza.

¿Qué haces Elmira? la dice, ¿tú atentas contra mí? Tú la que por siempre escuchó de mi boca los afectos de mi pasión. Tú quieres matarme cuando nunca he sido mas digno de tu amor? ¿Quieres asesinarme cuando si aprecio mi triunfo es para repetirme yo te adoro? Quieres acabar mis días cuando vengo á ofrecerte.

¡ Mi hijo !

—Mirale.

El águila no se lanza con mayor prontitud sobre su presa como la madre sobre el hijo: le estrecha entre sus brazos, le prodiga innumerables besos y riega sus frescas megillas con las lágrimas de placer que brotan sus ojos. Los soldados gritan entusiasmados, saludan al vencedor de Cholula y aclaman el nombre de Hernan Cortes.—A. G.

Costumbres de la edad media.

DE LOS TORNEOS.

Artículo segundo.

Luego que por un soberano ó por un señor se habia publicado un torneo, lo que se hacia por medio de público pregon ya por cartas misivas á los pueblos que le rendian tributo, ya á los extranjeros vecinos á fin de invitar á los caballeros y paladines que quisiesen acreditar su valor, alcanzar el premio de la victoria ó aspirar á la gloria, haciendo de este modo conocer sus hechos de armas y su valor, se disponia el sitio donde debia verificarse: generalmente se aderezaba para este fin la plaza mayor de la corte, si era capaz, y en su defecto en el campo mas llano y próximo al lugar señalado, se atajaba en forma circular á manera de circo un gran espacio con ballas ó barreras, y cercado de tablados suntuosamente entapizados para los soberanos que daban la fiesta, para la corte y las damas de la nobleza, y para los ancianos caballeros que por su conocido valor y experiencia en los juegos, habian de formar tribunal para sentenciar en él como jueces del torneo, cuyo título era á la sazón muy honroso. El pueblo lo veia en una parte del palenque destinado á él.

Era costumbre en muchas partes el fijar una especie de edicto en una adarga que sostenia una lanza en la entrada principal del palenque, en el que se hallaban las leyes del torneo que variaban mas ó menos; pero que generalmente se reducian á estas reglas generales: *en no herir jamas de punta, no tocar ni maltratar el caballo del contrario, no darse lanzadas mas que en la cabeza y tronco del cuerpo, y no pelear dos contra uno sino en los casos que se marcasse de esta suerte.* Que rejian estas leyes en España lo acredita el ordenamiento de la orden de la banda de D. Alonso XI, en el que al hablar de los torneos dice: "Decimos que la primera cosa que deban hacer los fieles cuando los caballeros quieran comenzar el torneo; que las espadas no las trayan agudas en el tajo ni en la punta, sinon que sean romas: que no traigan agudos los aros de las capellinas. Otrosí, que tomen jura á todos los caballeros que no den con ellas de punta, en ninguna quisa ni revés al rostro. Otrosí, si alguno cayere

en tierra que le no entropellen. Otrosí, á los á decir los fieles que comiencen el torneo cuando tanjeren las trompetas e atabales: e cuando oyeren el añafil tañer que se tiren afuera e que se recoja cada uno á su parte. E otro si dicimos que si el torneo fuere grande de muchos caballeros en que haya pendones de cada parte e se obieren atrabar los caballos los unos de los otros para se derribar de los caballos, que los de los caballeros que fueren ganados de la una parte e de la otra, que sean llevados á do estobieren los pendones e que no sean dados á los caballeros que los perdieren fasta el torneo pasado" (*codice de la Biblioteca Nacional*). Los caballeros que quebrantaban las leyes del torneo perdian el premio y pagaban una multa ó se les castigaba con arreglo á la clase del delito.

Algunos días antes de la celebracion del torneo, se reunia el tribunal en un sitio público, de los jueces de que va hecha mencion, y ante ellos presentaban los caballeros admitidos á él ya por sí ó por medio de sus escuderos de preferéncia é hidalguía, los escudos de sus armas. El pueblo asistia á esta clase de examen de poderes por decirlo así, en particular el bello sexo cuya curiosidad era estremada, como en todos tiempos, si bien entonces con mas razon pues al cabo á tan hermosa mitad del género humano pertenecía y se dedicaba la mayor parte si ya no el todo de estas diversiones. Un rey de armas ataviado con lijera y purpúrea túnica sobre la que ostentaba una rica delmática en la que brillaba con brocado de oro y ricas piedras el escudo de armas de su señor, publicaba y daba noticia en alta voz de los caballeros á quienes pertenecian los escudos.

El día de este examen era terrible para el caballero que hubiese ofendido de obra ó de palabra á alguna dama, pues dependia de ella su ejemplar y público castigo. En efecto si el enseñar y esplicar el rey de armas el escudo de un caballero, alguna dama le tocaba con la mano, esta accion marcaba al delincuente; el rey de armas daba parte en el acto á los jueces y pedia justicia contra el caballero á quien pertenecia el escudo. Los jueces procedian inmediatamente á tomar escrupulosos informes, y si probaban el hecho, sentenciaban sin apelacion á que sufriese el merecido castigo el día que se presentase en la lid como diremos en su lugar.

La fiesta empezaba la víspera del torneo: los caballeros que habian de tornear, presentaban á sus escuderos vistosamente equipados, ya caballo ya á pie y celebraban una especie de fiesta que llamaban ensayos ó pruebas. Sin embargo que las armas de que usaban dichos domésticos no eran ni tan fuertes ni templadas como las de sus señores, se cegaban de tal suerte en el combate por honor del paballón que defendian y prevenir á su favor la victoria al día siguiente, que generalmente no se terminaba sin que costara la vida á alguno muriendo víctima de su orgullosa fidelidad.

Llegado el deseado día los jueces se volvia á constituir en tribunal algunas horas antes para examinar si las armas de los combatientes que debian entrar en liza, estaban conformes á los reglamentos del torneo y leyes de esalleria. Aprobadas dichas armas ó las entregaban á sus dueños bajo la palabra de no usar de otras, ó las dejaban en depósito en el palenque lo que era pocas veces.

La hora de la funcion dependia de la estacion y del número de paladines. Conforme se iba aproximando concurría por todas partes numeroso pueblo lleno de regocijo y ansiedad á disputarse el puesto en el palenque. Las autoridades llegaban en corporacion de gran gala, y las damas staviadas con las preseas del lujo, iban entrando en la plaza en sus palanquines, ó ostentando su grandeza dentro de ricas sillas conducidas sobre los hombros de sus domésticos, las que dejaban para subir al entapizado tablado sobre el que á manera de dosel que coronase su hermosura ondeaba el blason de sus armas ó el de sus caballeros: ricos reposteros colgaban de los tablados por lo

que se venia en conocimiento de las familias á quienes correspondian.

Los soberanos aparecian en el suntuoso trono dispuesto al efecto y las trompas y atabales resonaban anunciando su llegada. Los reyes de armas engalanados con sus dalmáticas y penachos de vistosas plumas, ocupaban sus puestos, señalados de antemano, y mandaban á una porcion de farantes y demas oficiales encargados de hacer observar á los combatientes las leyes de caballeria y dar cuenta exacta á los jueces de los golpes que daban y recibian mutuamente los caballeros. Al son de los bélicos instrumentos y entre los aplausos de la multitud, iban entrando en el circo los torneantes con preciosos vestidos y con caballos ricamente enjaezados seguidos cada cual de una magnífica comparsa de escuderos que conducian, en otros caballos, lanzas y otras armas cubiertas con ricos respaderos. Algunos caballeros eran conducidos á la estacada por sus mismas damas que presentaban tan valientes esclavos atados con cadenas de fina plata y oro puro, las que les quitaban al entrar en la lid, gloriándose (como dice un escritor de aquella época) cada torneante de publicar en alta voz, ser el esclavo de la dama que le conducia á la pelea á cuyo título y en reconocimiento daba la dama al caballero, alguna de las prendas que servian á su adorno, la que colocaba inmediatamente el favorecido amante en la punta de la lanza, y cuando la suerte de las armas hacia pasar alguna de estas preciosas prendas al poder del enemigo vencedor, le remitia la dama otra nueva á su caballero para consolarle y animarle á la pelea.

Prevenido todo para empezar la fiesta, se nombraba por aclamacion de las damas un caballero con el título de juez de paz, cuyo ministerio era favorecer y mediar á favor del caballero que por inadvertencia violase las leyes del torneo y de la caballeria en cuyo caso se atraia por enemigos todos los combatientes. Cuando acontecia un lance de esta especie, el campeón de las damas en cuya lanza ondeaba, como divisa de su empleo, alguna prenda femenil, acudia al perseguido caballero y poniendo la punta de la lanza sobre su cabeza, manifestaba por esta accion estar perdonado por las damas de su falta, y en el momento le dejaban sus contrarios, dando él al rededor del circo las mas espresivas gracias al bello sexo en señal de gratitud.

Si en el día de la presentacion de los escudos, de que hemos hecho mencion, se habia sentenciado algun caballero, y este se hallaba presente, la funcion empezaba por su público castigo. Todos los caballeros le rodeaban, y despues que los heraldos publicaban su falta, pero sin nombrar la dama ofendida, descargaban sobre el insolente caballero una infinidad de golpes con las astas de las lanzas para castigar su temeridad y enseñarle á respetar las leyes de caballeria y el honor de las mugeres. El desgraciado no tenia otro remedio que gritar pidiendo favor á las damas que se hallaban presentes, las cuales suplicando con voces á favor del delincuente, era absuelto por los jueces que mandaban al juez de paz para que cesase la ejecucion de la sentencia.

Publicaban los heraldos el torneo y los premios señalados á los vencedores colocados sobre un tablado ricamente alhajado, y entre los melodiosos acentos de bélicos instrumentos, los aplausos de las damas y la voceria del vulgo, se lanzaban los combatientes, reunidos de antemano en diversas cuadrillas, unos contra otros procurando derribarse de los caballos y vencerse; defendiéndose con sus adargas en los que llevaban genoglifias que despues fueron su blason y hoy armas de nuestra nobleza, y algunas veces, trocando la diversion en duelo, buscándose mutuamente donde enritse de muerte para vengarse y librarse de esta suerte de un enemigo. Los partidos se agitaban en esta pugna con encono y las mas veces no se apartaba de entre ellos la traicion. La multitud de volantes, estaféros ó mozos de espuela que vestidos en trages raros y diversos asistian á los mismos combatientes ya á entregarles nuevas armas, ya á reco-

ger las rotas, lo precioso y rico de los arneses de caballeros y caballos, y la dulce armonia de los marciales instrumentos, formaba el objeto mas serio, magnífico y admirable que puede verse si hemos de creer á los escritores que presenciaron estos grandiosos espectáculos. Los victoriosos mandaban, en médio del combate, á sus damas á los contrarios que vencian para que dispusiesen de ellos á su voluntad, y afinados ante la bella dama del victorioso, aguardaba el desgraciado su senténica que á no haberla hecho de antemano alguna ofensa generalmente era generosa. Hecha la señal por el soberano para finalizar el torneo, tañia el añafil y al oirle todos los caballeros se separaban inmediatamente del combate. En seguida á otra señal cada caballero corria una justa en honor y obséquio de su dama, y como en este ejercicio era donde se veia campear el verdadero valor, era en el que tenian mas empeño en salir victoriosos.

Los premios se distribuian acabada la funcion: para esto los reyes de armas presentaban al tribunal unos libros donde habian anotado las particularidades de cada caballero. Para examinarlos se llamaba al tribunal una diputacion de las damas que eran las soberanas del torneo. En el ordenamiento de D. Alonso XI ya citado con relacion á este juicio en España se lee: "Otrosi dicimos que de que fuere pasado el torneo, que se deban ayuntar todos los fieles é decir y escoger por la verdad que son tenudos á decir como fieles segun su entendimiento qual caballero obo la mejoría del torneo tambien los de la una parte como los de la otra porque den prez al buen caballero de la una parte e al otro de la otra que fallaren que andobieron y mejor."

Los premios se daban por varios títulos ó motivos, ya por fuerza, habilidad ó valor, con que se habian distinguido los combatientes, ya por haber estado mas tiempo á caballo sin perder el estribo, por haber quebrado mayor número de lanzas, haber estado mas tiempo cubierto con la visera ú otras causas que se decidian en aquel tribunal emanfrodita. Cuando los jueces no premiaban á algun caballero que lo merecia, las damas eran arbitras de darle otro á su eleccion el que no era de menos valor y estimacion para los agraciados. Concluido el juicio y adornados los caballeros con los laureles de la victoria, daban una magestuosa vuelta al compas de la música por el circo y concludida, cada cual ponía á los pies de la dama de sus pensamientos su premio como trofeo de amor, lo que era muy aplaudido, y recogiendo ellas para engalanarse con ellos si eran cosas portátiles como joyas ó bandas, los caballeros corrian unas parejas en obsequio del soberano y terminaba una funcion que despojada de la parte bárbara que solia tener entonces, era digna de la grandeza de una nacion y no desdiria de la ilustracion del siglo en que vivimos.

B. S. CASTELLANOS.

LA EVOCACION.

Es la noche bien entrada
y el bóreas las negras copas
de los cipreses combate
que un cementerio decoran.
La luna entré nubes pardas
su lumbre nítida arroja
reflejando tristemente
sobre las fúnebres fosas.
Tétrico silencio aumenta
en la mansion pavorosa
el emblema aterrador

de potestad mutadora,
 Alterado solo á veces
 por el rumor de las olas
 que embravecidas se estrellan
 gimiendo contra las rocas,
 ó por el canto hazaroso
 de ave siniestra que agora
 en la cavidad de un sauce
 con voz destemplada y ronca.
 Llama mofítica oscila
 recorriendo vagorosa
 el recinto funeral
 como exalacion radiosa.
 Desfallida y macilenta
 triste beldad seductora
 sobre el mármol de una tumba
 á la vaga luz se nota.
 Lánguida lumbre del cielo
 en pálida faz colora,
 y el meteoro que huye
 su figura misteriosa
 ya fija en el cielo túrbio
 la mirada dolorosa.
 Ya por el recinto lúgubre
 tiende la mirada loca.
 Luego con trémulo acento
 á las sombras apostrofa,
 y á los sepuleros demanda
 al que frenética adora.

“Vuela á mis brazos amantes,
 brota de la tumba fría,
 y devuelve al alma mia
 los placeres que perdió.
 Duélate el llanto que vierto
 congojada y dolorida,
 dame con tu vida vida
 ó, como tú, muera yo.
 Que existir sin tus caricias
 sin oír tu dulce acento
 es devorador tormento
 que yo no puedo sufrir.
 Cuando recuerdos felices
 se agolpan á mi memoria,
 borra la pasada gloria
 horroroso porvenir.
 Que es la vida sin amar
 insupportable tortura:
 existencia de amargura
 que odio y abomino yo.
 Vuela á mis brazos amantes,
 brota de la tumba fría,
 y devuelve al alma mia
 los placeres que perdió.

.....
 Así cantó. Sobre el mármol
 que cubre la amada fosa
 cayó inerte la infeliz
 cuando brillaba la aurora.

A.

Las dos Ventas.

El cielo despejado y azul presentaba apenas algunas nubecillas que vagaban dispersas por el espacio.

Todo Madrid gozaba del reposo del día de fiesta. Un inmenso gentío cruzaba en todos sentidos por las calles principales; los unos se habían ataviado con sencillez y limpieza, los otros ostentaban en sus vestidos el lujo y la elegancia.—El salón estaba esmaltado de sin número de personas que se confundían en mil y mil vueltas; casi todos para dejarse ver ellos y su traje; otros menos precitados de su persona ó de sus vestidos, para gozar del sol con libertad en el espacio que queda siempre desocupado entre la fuente de los cuatro tiempos, el flujo y reflujo de los elegantes. El *buen tono* en su reducido paseo para divisar á placer las señoras de los coches, y los coches y los caballos.

Las personas conocidas que se encontraban, decían unas á otras recíprocamente.—Que hermoso día; sobervio tiempo; buen día para pasear &c. &c.; con otras tantas fórmulas que comunmente se emplean como moneda corriente de la conversacion.—Y por cierto que tenían razón para decirlo, porque lo repito, todo Madrid respiraba alegría, y todas las fisonomías se dilataban y se animaban con el benéfico calor de un tan hermoso sol de primavera.

Empero, mientras que todo el mundo pensaba en distraerse, en esparcirse por las calles y paseos de la capital, había una altísima y miserable bohardilla asilo de dos seres dolientes. ¡Infelices! Qué les importaba á ellos la tibieza suave del aire, el benéfico calor del sol, cuando el hambre los había vuelto insensibles á las escenas mas encantadoras de la naturaleza. ¡Ah! Si el que baja al Prado desempedrando las calles en el rápido y luciente tilburí á ostentar el primoroso trabajo de un artista del lado del Bidasoa, ó la corpulencia y brios de su caballo, nacido mas allá del canal de la Mancha, hubiese llegado á penetrar en aquel ruin zaguami, hubiese llegado á echar una triste mirada hácia aquellas paredes desmanteladas y súcías, ¡qué triste cuadro hubiera presentado á sus ojos! Cuán cubibajo, si sentía palpitar en su pecho un corazón de hombre, hubiera bajado á confundirse con aquella multitud bulliciosa y lijera, á ostentar el charol de su carruaje, los brios de su caballo!

En aquel granero no había nada; ni un cama, ni una sola silla..... ¡Ah! ¿No es verdad que tal pobreza es muy triste y dolorosa?—Allí, en un rincón estaban tan solo los dos habitantes de la bohardilla; —sobre un monton de paja un niño; á su lado una muger acurrucada y taciturna... su madre. ¡Qué cuadro aquel comparado con el de afuera! Aquella pobre madre no estaba destinada á ver tranquila y sonriendo correr y retozar á su tierna criatura, abandonando á la suavidad del ambiente sus hermosos rizos rúbios.—Duerme, duerme, podre hijo mio; durmiendo olvidas el hambre al menos,—pobre criatura, cuando te despiertes llorarás, me pedirás pan.... ¡Dios mio, inspirádme qué es lo que debo hacer para dar de comer á mi hijo!—La desventurada vertía lágrimas en abundancia, y se cubría la cara con las manos, como si

quisiera apartar de su vista un espectáculo horroroso. —Morir de hambre, añadió, y él también, tan pequeño, tan gracioso..... ¡ Ah es horrible! — Dios mío: ¿ qué es lo que yo he hecho para ser tan desgraciada? ¿ Qué fatalidad me persigue? En vano he hecho todo lo posible, he dado mil pasos por encontrar un poco de trabajo para ganar algunos cuartos. ¡ Ah! bien lo veol ¡ Eusebio! Tu muerte ha sido para la pobre Agustina, el origen de todas sus desgracias. Entonces se levantó y paseó por la bohardilla una mirada lenta y escudriñadora: después susurró en voz sorda y casi imperceptible estas palabras, nada, nada más que vender: ¡ será preciso que muera! Y contemplaba con indefinible expresión de ternura y temor el semblante de su hijo que dormía.

En efecto, el niño estaba al parecer muy malo; sus carrillos comunmente sonrosados y llenos, estaban pálidos y huecos; sus ojos hundidos, sus labios blanquecinos, todo su cuerpo estenuado y flaco, anunciaba sobradamente su estado de padecer y aniquilamiento. ¡ Y su pobre madre cuán pálida y flaca estaba también! ¡ Cómo habían ajado su hermosura las privaciones y el dolor! Pero ella no pensaba en eso; olvidaba sus propios sufrimientos para no pensar más que en su hijo. Toda su alma estaba absorta en el terrible momento en que se despertase su querida prenda. ¡ Su prenda querida! Tan débil y tan delicado, en una edad en la que no debía haber conocido más que la risa y el contento; apenas en la vida, no veía en torno suyo más que lágrimas y amargura, y apenas en la cuna, sus primeros pasos iban á tropezar en la tumba.—No, no, es imposible exclamó Agustina, el cielo no me abandonará, no dejará morir así á mi pobrecito Eduardo; y echando sobre sus hombros un mal pañuelo salió de allí: la desgraciada no sabía donde ir ni qué hacer, pero era preciso buscar pan para su hijo.

Cuando llegó al pátio se detuvo, vacilando si una vecina rica que tenía en él su cuarto, sería compasiva, y la daría alguna cosa, pero la tal vecina era una vieja mala é intratable, que no tenía cariño más que á dos cosas en el mundo: á *azor* y á *minina*: su perro y su gata. Había además en aquel momento gran conciliábulo, debajo del ruín emparrado de su puerta, lo cual aumentaba la desconfianza de Agustina. Estando allí parada, reflexionando y sin acabar de decidirse á entrar ó irse á mendigar á otra parte, recogió algunas palabras de la conversacion, que la hicieron tomar una resolución repentina.

.....
—Con que según eso, comadre Gertrudis, el pintor del cuarto segundo necesita una jóven que la sirva de modelo para la Virgen que está haciendo.

—Sí, señora Agueda, pero no crea vd. que necesita una jovencita frescota; es decir jovencita si ha de ser, y bonita también, pero ya puede vd. suponer que ha de estar algo flaca ó enferma..... porque ha de servir para figurar á Ntra. Sra. al pie de la cruz, y ya vé vd. que estaría muy triste.

—Tiene vd. razón.

—Con que así señora Agueda, si vuesa merced conoce alguna jovencita que quiera pasar por eso, la aseguro á vd. que será bien pagada, porque además, si es bonitilla, ha de saber vd. que don Ambrosio es un viejo *bromista* y..... ya vd. me entiende.

—Pues no la he de entender comadre, si habla como por boca de ángel; pero para servir de modelo creo que es necesario desnudarse.

—Toma, ya se ve que sí.

—Es un horror de abominacion ponerse así delante de un hombre.

.....
Agustina no escuchó más, subió rápidamente la escalera y se detuvo temblando é indecisa delante de la puerta del cuarto segundo. Su corazón latía con violencia; la vergüenza la contenía la mano que agarraba ya el cordón de la campanilla. Iba á entregar y vender su cuerpo á la inspección lúbrica tal vez de D. Ambrósio, porque el epíteto de *bromista* que le había dado Gertrudis en su lenguaje, resonaba aun en sus oídos.— Este D. Ambrósio se decía á sí misma, es sin duda algun libertino, y quizá se propasará creyendo tener derecho de usar ciertas libertades con una muger que se descubre así delante de él. No es prostituirse también el ponerse desnuda á los ojos de un hombre! ¡ Oh! No; jamás. Ya iba á retirarse; pero volvió de repente, agarró el cordón de la campanilla y tiró de él con fuerza: es que una voz interior, poderosa, irresistible la gritaba; ¡ y tu hijo! Y ante aquel generoso sentimiento de madre habían desaparecido todos los escrúpulos de muger.

La introdujeron en el estudio, y Agustina se halló frente por frente de D. Ambrósio, hombre bajo, de cara repleta, y ojos vivarachos.— ¡ Qué quiere vd. señora? ¿ En que puedo servirla? Dijo el pintor examinando con ojos de artista, á la pobre muger que se ruborizaba á cada mirada, porque á pesar de las muestras de destruccion que tantos padecimientos físicos y morales habían grabado en sus facciones, aun era hermosa.—Caballero, exclamó Agustina, he sabido que vd. necesitaba un modelo para una Santa Virgen que está haciendo, y vengo á ofrecerme. Me han dicho que necesitaba vd. una jóven marchita por el dolor y la miseria, añadió con espresivo acento, y creo que yo reuno bastante bien esas últimas cualidades.— Tanto más cuanto que vd. reune la primera también, que es la hermosura: si señora, vd. me conviene perfectamente, y si vd. quiere convenirse dándola 24 reales por lección, vamos á ponernos á la obra en seguida.
—Si señor... ¿ pero... cómo necesito ponerme? Dijo la infeliz con voz temblorosa.—Es necesario respondió el rechoncho D. Ambrósio, que se ponga vd. esta especie de túnica, de modo que quede el seno algo descubierto. Si vd. ¿ lo permite; yo la ayudaré á vd.
—Y el oficioso pintor dirigía ya una mano atrevida hácia Agustina, pero ella se hizo atrás furibunda y magestuosa, exclamando.—No me toque vd. caballero,

no me toque vd. Yo le he vendido mi cuerpo para sus ojos, pero no para sus manos: me pondré desnuda enteramente si es necesario, y vd. me mirará, pero no ha de tocarme siquiera; no quiero caballero, lo oye vd., eso no entra en la venta.

El viejo *bromista* estaba atónito; no podía acabar de comprender aquella rígida virtud en una muger que venia á servir de modelo.

Pocos minutos despues, Agustina que se habia colocado detras de un biombo, para desnudarse y ponerse la túnica, se presentó delante del pintor, toda encendida y confusa de verse así con el seno casi descubierto ante un hombre que apenas conocia. ¡Ah! cuanto debió sufrir la infeliz, durante aquella leccion, por los dichos picantes de D. Ambrósio y hasta por las exclamaciones de admiracion en que de vez en cuando prorumpia como artista, sobre el hermoso seno que estudiaba, y al cual la miseria apenas hiciera perder de su hermosura y perfeccion. Pero su hijo necesitaba pan, y ella lo sufrió todo con paciéncia por él. ¡Pobre madre!

Luego que se terminó la leccion, corrió Agustina inmediatamente á comprar pan y cuando entró de nuevo en la bohardilla, halló á su hijo llorando y llamando á su madre. Ay! madre mia, tengo mucha hambre, dijo el pobrecito al verla. Ten Eduardo, ten, aqui tienes pan; come hijo mio. La criatura se arrojó al pan con ansia y su madre le miraba comer con un gozo inesplicable—No comes tú madre mia? dijo el niño; ven aqui á comer tú tambien; mira que es muy rico el comer cuando uno tiene mucha hambre. Estas palabras la hicieron pensar en ella misma, en su necesidad y se puso á comer.

En los cinco dias consecutivos dió las lecciones restantes, que hacian ciento veinte reales. Con esta cantidad vivieron algun tiempo madre é hijo, pero fue preciso pagar el cuarto lo cual disminuyó bastante sus recursos. En fin llegó un dia en que la pobre Agustina se vió reducida á treinta cuartos. Su situacion volvia á ser muy crítica; buscó nuevamente trabajo, pero parecia que la perseguia la desgracia; nó encontró nada. Fue otra vez á casa de D. Ambrosio despues de haber agotado todos los recursos y haber empleado todos los medios, pero el pintor se habia marchado á Italia por tres meses. Tantos golpes á la vez acabaron de destruir su juventud y su salud. Cayó enferma; una calentura abrasadora y terrible la devoraba y la desventurada estaba allí sola, abandonada en su bohardilla sin tener á su lado mas que á su hijo, que lloraba de ver padecer á su madre y la pedia pan. Era horroroso el ver el delirio que la consumía: llamaba sin cesar á su Eduardo, y la inocente criatura, la respondia juntando las manos: aqui estoy madre mia; aqui estoy; tengo mucha hambre; dame de comer madre: pero ella ya no le oia ni le veia.

Empero una mañana cesó su delirio. Desventurada! su situacion era aun mucho mas cruel, entonces vió á su lado tendido en tierra á su hijo pálido é inanimado.

Agustina dió un grito terrible porque creyó que estaba muerto, pero su corazon latia todavia. Entonces le cogió en sus brazos y apretándole fuertemente contra su pecho parecia que queria comunicarle todo el calor de su cuerpo, para volverle á la vida; al própio tiempo exclamaba en voz ronca y apagada hijo mio, responde! hijo de mis entrañas! respondeme! El niño abrió como por encanto los ojos; su primera palabra fue "madre" la segunda "tengo hambre"—Tienes hambre Eduardo, tienes hambre! pues bien! Vamos á buscar que comer... ven; y le estrechó con desesperacion haciendo esfuerzos para levantarse: todo fue en vano; estaba muy débil. Entonces se arrastró por el suelo, sosteniendo á su hijo con el brazo, y ayudándose con las rodillas y la otra mano para llegar, pero la faltaron las fuerzas, se detuvo aniquilada y sin aliento. Miró á la criatura con ojos desencajados y se puso á gritar: socorro! socorro! salvad á mi hijo! y volvió á caer de golpe en el suelo sin poderse levantar pero estrechando siempre al niño entre sus brazos

En el mismo piso de Agustina vivia una anciana enferma y era su única vecina. El cirujano que la asistia oyó aquel grito terrible de angústia y desesperacion y se precipitó generosamente hácia la puerta: estaba cerrada por dentro, pero no escuchando mas que su celo por la humanidad, la hizo venir al suelo.

El ruido hizo volver en sí á Agustina y viendo un hombre á su lado que la cogia la mano, le presentó á Eduardo exclamando: Oh! señor, por piedad, salve V. á mi hijo! para mí todo socorro es ya inútil—le puso el niño en sus brazos y añadió: yo voy á morir! infeliz criatura! no dejo nada á mi pobre Eduardo... qué vá á ser de él? El médico daba al niño unos caramelos al paso que escuchaba á la triste madre con los ojos llenos de lágrimas. De repente una amarga sonrisa apareció en los pálidos labios de Agustina como si se la ocurriese alguna feliz idea; dirigió una mirada al médico y le dijo con voz débil y estoratora: Vd. es médico?—Sí señora.—Quiero ser útil todavia á mi hijo, yo no puedo dejarle nada, nada. Los cirujanos jóvenes compran... algunas veces... cadáveres... yo le vendo á vd. el mio... si es vd. caritativo... el dinero será para mi hijo... pobre angelito! ah! yo quiero abrazarle. El médico puso á su lado el niño que la colmaba de caricias. Agustina le abrazó muchas veces y lanzando una dolorosa mirada hácia el médico, susurró: con que está concluido... el trato... el dinero... para mi hijo... mi hijo!!! Dejó caer su cabeza, estendió el cuerpo con rigidez y un ligero hálito salió de sus labios.—Madre, madre mia, gritó el rubito. No respondió. Dale dulces tambien á mi madre, la pobrecita tendrá tambien hambre dijo el niño. El médico lloraba.

Pobre madre! habia espirado y su último pensamiento fué para su hijo: por él vendió su cuerpo durante la vida; por él tambien vendió su cadáver.

IMBERTO GILBERT.



PUERTA DE LA ALHAMBRA.

Recuerdos de Granada.

EL PALACIO ÁRABE.

Alcázar de filigrana
 Que en tu artesonado ostentas
 El mas brillante cobalto,
 El oro que el Dauro lleva;
 ¿Que se hicieron tus alhombros,
 Bellos tapices de Persia,
 Y alcatifes tunecies
 Que el pavimento cubrieran?
 ¿Qué, los lindos peveteros
 Que en deliciosas esencias
 Su humo lento levantaban
 A tus cúpulas soberbias?
 Cual se dispára el humo
 Se dispó tu grandeza,
 Y solo hay en tu recinto
 Silencio y memorias tiernas!:

EL SUSPIRO DEL MORO.

Puestos los tristes ojos en el cielo,
 De un alboroz humilde arrebozado,
 Boabdil rey de Granada, destronado,
 Para siempre se aleja de su suelo.
 No mitiga su acervo desconsuelo
 El verse de su pueblo rodeado,
 Y esclama: ¡Rey ayer y hoy desterrado!
 Corred, corred, ó lágrimas, sin duelo.

La vega pasa, opima, deleitosa,
 Y su dolor y su tormento crece;
 Dobla una cumbre y de su vista ansiosa
 La ciudad y el alcázar desaparece,
 Y al ver brillar en él la cruz gloriosa
 Lanza un hondo gemido y desfallece.

AL DAURO.

¡Cuantas veces, ó Dauro cristalino,
 Habrás en tu corriente retratado
 Del árabe galan y denodado
 Las garzotas y alfange damasquino!
 ¡Cuantas el rostro bello, peregrino,
 De una mora, de Vénus fiel traslado!
 Y ¡cuantas del intrépido soldado
 De Isabel, el escudo diamantino!
 Zambra y cañas y galantes lides
 En tus cristales puros reflejaste,
 Que encantaron tus plácidas orillas
 Con sus damas y apuestos adalides;
 Pero el mas bello objeto que copiaste
 Es mi amada cogiendo florecillas.

NICOLÁS PEÑALVER Y LOPEZ.

AVISO DE LA REDACCION.

Habiéndose concluido la primera edicion ó tirada de diez mil ejemplares que se hizo de los primeros números de este periódico, se hace saber á los señores que se han suscrito últimamente, que se hará otra edicion enteramente igual, para que de este modo puedan completar la coleccion.

EDITOR RESPONSABLE R. SOLÁ.

IMPRENTA DE LA COMPAÑIA TIPOGRAFICA.